

Una historia de reconciliación.

Parque de Estudio y Reflexión de Attigliano
Alice Mele
20/10/2020

What we need is more people
who specialize in the impossible.
Theodore Roethke

La reconciliación es una profunda experiencia espiritual.

Silo

Pasé tres años sin hablar con mi padre. Lo consideraba muerto. Pero él estaba vivo y considerarlo muerto me hizo sufrir, así como el recuerdo de todo lo que había pasado antes de que decidiera desaparecer en el aire me hizo sufrir.

El resentimiento que sentía por él era muy grande. Me molestaba lo que había hecho conmigo y cómo se había comportado con mi madre.

Conmigo había sido decididamente imprudente y torpe al demostrar su afecto (que yo llamaba morboso) por una niña de unos catorce años en plena pubertad. Sus atenciones hacia mí habían excedido un poco los límites del contacto físico aceptable, provocando en mí una reacción de cierre y distanciamiento emocional hacia él.

Para ser más precisos, no fue un verdadero abuso sexual, sigue siendo acoso; sus expresiones de afecto al principio me asustaban, dejándome inmobilizado, sin poder decir o hacer nada ni siquiera rechazar ese contacto, luego el miedo dio paso al disgusto y a un sentimiento similar al odio.

Las consecuencias psicológicas de todo esto se manifestaron después de varios años para reflejarse en diferentes momentos de mi vida en pareja.

Una vez, después de una de estas torpes muestras de afecto, mi padre trató de disculparse justificando su comportamiento como una forma de mostrar su afecto, pero se encontró con un muro de silencio de mi parte: no podía decir nada, el resentimiento que sentía me impedía comunicar nada. Puse una barrera entre él y yo, durante tantos años no permití que mis padres me vieran reír o llorar.

Y la relación entre mi padre y yo desde entonces siempre ha sido conflictiva en el nivel comunicativo y sin intercambio en el emocional.

Con el tiempo, el carácter de mi padre fue empeorando cada vez más, sus problemas financieros y personales aumentaron, así como la violencia en él y la forma en que se ocupó de mí y de mi madre. Las cosas no iban bien, y nosotros éramos sus válvulas de desahogo, nos maltrataba regularmente de las diferentes maneras que podía.

Finalmente hubo un momento en que los eventos cambiaron la mecánica de la dinámica familiar insana; me alejé de ellos físicamente, también, yendo a vivir bastante lejos.

Después de un tiempo muy corto la relación entre mis padres entró en una profunda y mal manejada crisis en ambos lados. Una tercera persona encontró espacio para encajar entre ellos, y mi padre perdió la cabeza por esa chica mucho más joven que se había enamorado de él.

Comenzó un período (que duró unos dos años) de total agitación en la dinámica de pareja de mis padres, debido a que la niña no sólo trabajaba con ellos en el pequeño negocio familiar, sino que también se había mudado a vivir en casa con ellos.

Un período de locura total. Y violencia de varios tipos.

Mi madre notó inmediatamente el entendimiento fuera de línea que crecía cada vez más entre los dos, pero cada vez que expresaba la voluntad de terminar la relación de trabajo con la chica, encontraba la oposición de mi padre y cuando preguntó sobre ciertas actitudes ambiguas que él tenía con la chica, fue acusada de perder su equilibrio mental.

En momentos de mayor tensión y pérdida de control, mi padre recurrió a la violencia física contra mi madre. Mis hermanos y yo sólo conocemos una parte de todo lo que pasó en esa época oscura.

Finalmente llegó el día en que mi padre decidió poner fin a todo eso y, como en las historias más clásicas, usó cualquier excusa (no siendo fumador no podía usar la excusa de ir a comprar cigarrillos sino la excusa de ir al mecánico) y desapareció en el aire junto con la niña y todo el dinero de la pequeña empresa dejando a

mi madre sin un centavo pero sobre todo sin una razón para vivir, ya que en los últimos cuarenta años (desde los quince años) se había dedicado por completo a ese hombre.

Esas son las líneas generales de mi resentimiento. ¿Cómo reconciliarse con todo esto? Además, ¿por qué reconciliarse? La respuesta a esta pregunta es más fácil: porque el resentimiento produce sufrimiento, cada vez que pensaba en mi padre o en algún episodio familiar no podía evitar experimentar ira y dolor; porque el resentimiento me mantenía encadenado y me impedía avanzar en mi camino interior; porque el resentimiento envenenaba mi vida y la de los que me rodeaban.

Además, el resentimiento cierra el futuro, de hecho no podía imaginar otra cosa que ese sufrimiento, no era posible pensar que podría haber un momento en el que - milagrosamente - yo ya no experimentara ira y dolor y el otro dejara de ser un monstruo o al menos un enemigo.

De hecho no lo pensaba. Estaba viviendo mi vida con esta carga sin saber que podía liberarme de ella hasta que conocí a Silo en mi camino para mostrarme un camino de liberación.

La primera vez que alguien me habló de la posibilidad de reconciliarse con mi padre fue durante una noche que pasé hablando de Silo y sus enseñanzas con Alberto M. - que llevaba mucho tiempo siguiendo el siloísmo- y que me contó su experiencia de haber perdido a su padre poco antes.

Me conmovió su historia, le conté la mía, que no había visto a mi padre en unos tres años y decidí considerarlo muerto porque lo que nos había hecho a mí y a mi madre era inaceptable.

Cuando Alberto sólo mencionó el término reconciliación, recuerdo que pensé que tal vez no había entendido lo que le había dicho, de lo contrario ¿cómo podría pensar en proponerme tal cosa? Pero sobre todo: ¿por qué debería reconciliarme? Mi padre se había comportado horriblemente, así que merecía mi desprecio y era correcto borrarlo de mi vida.

Esa era la sensación común. Esto es lo que actúa fuertemente en nuestras acciones. ¿Pero qué me estaba pasando internamente? Lo que pasaba era que tenía mucho dolor.

De eso me di cuenta esa noche, de cuánto me hizo sufrir ese resentimiento y sus cadenas que descubrí por primera vez; cómo construimos nuestras jaulas mentales que nos impiden alzar el vuelo.

Lloré tanto esa noche como no lo había hecho antes, sentí que algo dentro de mí había empezado a derretirse. Las palabras de Alberto habían empezado a sacudir mis fuertes convicciones resentidas.

En las semanas siguientes me encontré a menudo reflexionando sobre el tema. Era difícil imaginar poder reconciliarse con todos esos acontecimientos, yo también sentía un obstáculo muy fuerte y era el temor de que - al reconciliarme - el otro pudiera pensar que tenía razón en comportarse así, que si no se le infligía ningún castigo, ¡no se equivocaba!

Otro gran obstáculo: ¿qué habrían pensado los demás miembros de la familia? ¿Qué hay de mi madre? ¡Ella también se habría sentido traicionada por mí! Estos y muchos otros pensamientos se agitaban en mi mente, lo que me hizo muy difícil tomar una decisión.

En ese mismo período empecé a utilizar algunas herramientas de trabajo personal como las Experiencias Guiadas¹ que me ayudó a desarrollar el contenido, cambiar mi punto de vista sobre algunas situaciones, descargar tensiones. Por supuesto, el tema siempre fue el resentimiento.

Pasaron varios meses, cuando una noche, cuando estaba en uno de los clubes de barrio del Movimiento Humanista para una cena autofinanciada o algo así, entre otras cosas colgadas en las paredes, me llamó la atención una tira de papel en la que estaba claramente escrito: *La contradicción invierte la vida, produciendo sufrimiento y contaminando el mundo con él. Las acciones de unidad abren el futuro, haciendo que el sufrimiento retroceda en uno mismo y en el mundo.*²

Me impresionaron mucho esas pocas frases, fue como si de repente me quedara totalmente clara la necesidad de reconciliarme, no había más dudas ni temores. No había nada más que hacer.

Tomé la gran decisión interna de superar el abismo y dar a mi vida una nueva dirección. Una dirección de unidad y construcción de una realidad para amar.

Decidí llamar a mi padre por teléfono para pedirle que se reuniera conmigo. La emoción hizo que me temblaran un poco las piernas y noté por el tono de su voz que él también estaba bastante excitado y

1 Silo, *Experiencias guiadas*, Firenze, Multimage, 2000

2 Tomado de Silo, *Humanizar la tierra*, Firenze, Multimage, 1995

sorprendido, ¡simplemente no esperaba esa llamada después de tres años de silencio absoluto! Recuerdo que inmediatamente expresé el deseo de no hablar de lo sucedido, sólo me referí al hecho de que se habían cometido errores y todos podemos cometerlos. No tenía intención de hacer recriminaciones de ningún tipo pero, quería decir esto, no estaba de acuerdo con la forma en que los acontecimientos habían tenido lugar. De todas formas, iba a reconciliarme y dejar el pasado atrás. Estuvo de acuerdo en no sacar a relucir el pasado y entendió mis razones. Me agradeció repetidamente y fijamos una fecha para nuestra reunión.

Cuando la llamada telefónica terminó sentí una intensa sensación de libertad y ligereza, un registro de unidad interna, la certeza de que había hecho algo grande por mi vida y la de los demás.

En ese primer encuentro no me apetecía ir sola, hice que Alberto M. me acompañara. (que mientras tanto se había convertido en mi compañero), mi padre también estaba con su compañera (la chica de entonces) y realmente me sentí con ganas de conocer a una nueva persona, me di cuenta de que ciertamente había cambiado, pero también lo hizo mi mirada sobre él.

No sentí ningún resentimiento hacia él y me encontré apreciando sinceramente su nuevo hogar, su nueva forma de vida, sus cualidades que a mis ojos se habían perdido en la neblina del tiempo. A partir de ese día comenzó una nueva relación entre nosotros, no necesariamente íntima, pero sí cordialmente afectuosa. Sin excederse en las confidencias, pero en cualquier caso una buena relación con respeto mutuo.

Estaba viviendo este evento como un milagro. Porque realmente había dejado de sufrir. Y no lo entendía.. Era posible porque lo había decidido con resolución.

Esa frase leída por casualidad había despertado en mí una conciencia y una gran voluntad: la conciencia de que el resentimiento que sentía era para mí una contradicción y la voluntad de vivir una vida en unidad. ¿Pero cómo decírselo a mi madre? Durante todo el primer año conocí a mi padre en secreto y no le dije a nadie de la familia sobre estas reuniones.

Como mi padre se había marchado, siempre que yo, mis hermanos y sus esposas y yo nos reuníamos en la casa de mi madre, el tema de conversación dominante eran obviamente las fechorías de mi padre, continuando así alimentando el resentimiento como en una espiral interminable, y yo siempre había sido uno de los más ardientes promotores de estas discusiones.

Pero ahora ya no podía decir nada, de hecho, sentía una cierta incomodidad al seguir escuchando todos esos insultos sobre mi padre, sentía que el tiempo de desahogo había terminado para todos, lo que se estaba haciendo ahora era algo perjudicial para nuestras vidas, era un continuo sufrimiento generador. Entonces, cuando estaba en una situación, empecé a intentar cambiar de tema y poco a poco se hablaba menos de ello - incluso las tensiones empezaron a disminuir - hasta que se detuvo por completo.

Encontré una manera, con mucho tacto, de hablar con mi madre. Debo admitir que aceptó de buena gana que yo decidiera reconciliarme con mi padre, pero nunca aceptó que yo también me reconciliara con la chica. En su corazón, mi madre había perdonado a mi padre pero había hecho la simple operación de transferir todo el rencor a la chica.

Cuando el resto de la familia se enteró, me di cuenta de que mi decisión fue aceptada sin demasiados traumas o tensiones, tal vez con asombro, pero en algunos casos también con una especie de admiración por el valor que tuve para superar el resentimiento. Los miedos que tenía estaban todos (o casi todos) en mi cabeza, principalmente debido al condicionamiento cultural.

En realidad, mi gesto y mi cambio tuvieron un efecto positivo en todos, sobre todo porque trataba de no alimentar otras tensiones sino, por el contrario, a veces podía ofrecer un punto de vista diferente que ayudaba a tener una mirada más comprensiva. Además, los efectos positivos siguieron actuando incluso después de años, cuando algunas personas de mi familia o amigos encontraron en ese gesto un modelo de referencia para manejar diversos resentimientos.

De hecho, todo el trabajo que había hecho en mí mismo a lo largo del tiempo (y que seguía haciendo) me ayudó mucho a elaborar e integrar un contenido tan pesado. Finalmente también pude cambiar mi mirada sobre mi padre, comprender que en él había un ser humano que sufría y amaba, como yo, y que probablemente las circunstancias no le permitieron desarrollar una forma diferente de comunicarse, o no pudo hacerlo, se equivocó.

No pudo manejar sus emociones, sus conflictos. Exactamente lo que nos pasa a cada uno de nosotros, en diferentes grados. No era mi enemigo. No era un monstruo.

Tuve que reconocer que la reconciliación tiene diferentes niveles de profundidad.

De hecho, con el paso del tiempo, me di cuenta de que aunque el recuerdo del pasado no me hacía sufrir más, todavía había momentos en los que experimentaba cierta incomodidad, una especie de desaprobación de mi padre y su pareja. Resolví esta incomodidad manteniendo mi distancia. Pero sobre todo, sentí que mi reconciliación no había llegado tan lejos como para volver a sentir ese amor por mi padre que se perdió cuando era una niña.

De todos modos, había dejado de sufrir y eso ya era algo extraordinario. Estaba contento con eso.

Pero un día tuve una experiencia igualmente extraordinaria que me hizo ir más allá para contentarme: una noche, en un momento particular de mi vida, mientras me conectaba fuertemente con el gran amor que siento por la naturaleza, recordé repentinamente que ese mismo gran amor por la naturaleza lo siente también mi padre, sentí claramente el registro de la conexión con él y con todas sus mejores cualidades, reconocí en mí algunas de sus buenas cualidades y me encontré agradeciéndole en mi interior todo el bien que me había transmitido.

También es por él que soy la persona que soy.

Una gran emoción se apoderó de mí y desde ese momento siento que la reconciliación con mi padre es profunda y definitiva.

Finalmente puedo pensar en todos los eventos del pasado sin experimentar ningún tipo de tensión, puedo pensar en mi padre con afecto y compasión pero sobre todo me siento libre de las cadenas del resentimiento.